

XXI Domingo del Tiempo Ordinario (23-08-26)

Homilía del cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas; queridos grupos que nos visitan:

En ese Evangelio (Mateo 16, 13-20) estamos ante un Señor que quiere educar a sus discípulos, y educarlos para que su Iglesia continúe el camino de Jesús con fidelidad y no se desvíe por alguna senda un poco tortuosa o incapaz de poder ser fiel. Y, por eso, una de las cosas más lindas que tiene Jesús es que, conversando con sus discípulos siempre, quiere escucharlos para que ellos mismos vayan en la Iglesia aprendiendo a vivir como es Jesús. Jesús es el Hijo de Dios que siempre se deja inspirar por su Padre y lo obedece y siempre cumple su voluntad. Solo que eso no era evidente para los discípulos ni para la gente, porque ellos habían tenido toda una historia como hebreos de promesas hechas en el Antiguo Testamento que Yahvé les había dado, les había anunciado a lo largo de la historia, y se habían acumulado también una serie de ilusiones (un poco como nosotros los peruanos).

Los grandes historiadores de nuestra patria dicen que el Perú “es una promesa”, porque todavía no termina de cumplirse. Y hemos tenido diversas imágenes de quién debe resolver los problemas. Tenemos ideas de “mesías”, y los “mesías” también los inventamos. Evidentemente, hay algunos que, por parecerse más a los valores más hondos que tenemos en la vida, los sentimos mártires, por ejemplo, en vez de héroes. Eso es una cosa que hemos dicho siempre: que en nuestro país el concepto de héroe es el de mártir. O uno ha entregado su vida por la gente, o no es héroe. De tal manera que en otros países es al revés: los héroes son los que han ganado guerras. Aquí casi todas las hemos perdido, así que nos podemos enorgullecer que

muchos entregaron su vida y murieron justamente producto de su entrega generosa más que de lo que ganaron.

Y eso es lo que quiere Jesús: tratar de ver cuánto en la gente y cuánto en sus discípulos está comprendiéndose lo que Él les está transmitiendo, para que ello pueda perdurar después de que se vaya. Ustedes saben perfectamente que Jesús no se fue simple y llanamente ascendiendo al cielo, sino que antes entregó su vida totalmente, perdonando y en la Cruz. Muy parecido a lo que nuestro querido Papa León XIV nos dice a todos: toda la Iglesia, todos los cristianos deben realizar en este mundo la paz desarmada y desarmante. O sea, no la paz armada que se arregla y después el más fuerte amenaza o lanza su bomba y, entonces, todos tenemos que obedecerlo; sino acordada, conversada, comprendida profundamente, resolviendo problemas juntos.

Y, ¿por qué la paz es desarmante? Porque implica el riesgo y el testimonio de que eso que estamos haciendo nos puede llevar a la muerte y estamos dispuestos a lo mismo que estuvo dispuesto Jesús: a dar nuestra vida, como pasa con los hermanos bomberos. Muchos de ellos han perdido la vida sin mirarse a sí mismos y han ennolecido esa línea preciosa que tenemos en nuestra historia, que es la de los mártires del Perú. Lo mismo muchas personas que han muerto por protestar o decir algo importante y han sido asesinadas, como las víctimas que están viniendo a visitarnos hoy día también, con la Comisión Episcopal de Acción Social (CEAS).

Hermanos y hermanas, Jesús quiere que aprendamos a vivir como Él, y para eso, entonces, preguntando, los discípulos se acercan bastante a lo que es Jesús y lo mismo la gente, poco a poco, toman ejemplos como Jeremías, los profetas ... porque son las personas que han conocido que son los mejores de su pueblo. Pero todavía no llegan a saber

realmente el punto de quién es Jesús. Por eso, en las palabras de Pedro, le dice: “Tú eres el Mesías”. Y al final el Señor le dice: “No le digan a la gente que soy el Mesías”.

¿Por qué? Porque Jesús está preparando una precisión de lo que es ser Mesías, que es mucho más profunda: el Mesías que entrega su vida, pese a que otros discípulos, como Pedro, se oponen a la idea que el Señor deba morir sufriendo injustamente. Siempre tendemos a pensar esa idea de Mesías, como que son personas que no pasan por las exigencias duras de la vida, y Jesús está hablando de un Mesías muy distinto. Y, cuando Pedro le dice: “Sí, señor, tú eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente” ... Allí Jesús empieza a entender que Pedro ya está intuyendo algo nuevo y muy importante: es Dios mismo que se da a nosotros por medio de su Hijo. Nuestro Dios es un Dios que se humilló para salvarnos; es un Dios muy diferente de las ideas arrogantes que tenemos y que, a veces, están mezcladas.

¿Qué cosa significa, por ejemplo, “todopoderoso”? “Pantokratōr” (παντοκράτωρ) significa “todopoderoso”. No es el “todo mandón”. A veces, solemos pensar eso: “todopoderoso” es “millonario”, un “potentado que tiene bomba atómica”. Bueno, “todopoderoso” realmente significa “el que todo lo sostiene”. “Pantokratōr” significa “el que nos sostiene en sus brazos”, como una madre a su hijo y no lo suelta para dejarlo caer. Dios es el que nos sostiene siempre y, cuando manda a su Hijo, quiere mostrarnos que ese Hijo nos ama sin medida, para que siempre reconozcamos y sintamos que Dios nunca nos abandona, inclusive, si somos pecadores y hacemos maldiciones y cosas terribles y guerras mundiales e intereses e imposiciones espantosas, porque Dios nos ama y nos llama.

Por eso decimos que, cuando hacemos algo que está mal y no queremos aceptar esa experiencia de Dios, nos autocondenamos. El Señor no nos condena. Él siempre nos

está llamando a recapacitar y a volver al seno del Padre, que es un Padre amoroso.

Eso que ha dicho Pedro es algo inspirado. Ha dejado que el Espíritu Santo lo mueva y le diga al Señor lo más profundo, que ya no es solo lo que el siente, sino aquello que le inspira el Espíritu. Y ese es el modelo de cristiano que todos debemos aprender a vivir. No vivir de nuestra ilusión, que también es bonito tenerlas, pero sometidas a la ilusión que Dios quiere que tengamos de Él, el Dios que nos ama y que nos inspira a reconocer la presencia de Él, de Dios mismo, en las situaciones difíciles; y gracias a esa presencia poder orientar nuestra vida según su voluntad.

Por eso, en el Padre Nuestro, no le decimos “Padre Nuestro que estás en el cielo, quédate ahí”. Decimos Padre Nuestro que estás en el cielo “venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad aquí en la tierra, como se hace en el cielo”. O sea, lo que pedimos al Señor siempre - que nos ha enseñado Jesús - es la experiencia profunda de que Él, siendo el Hijo, bajó para quedarse con nosotros y llevarnos a Él a través de su inspiración, dejándonos llevar por ella.

La fe cristiana, hermanos y hermanas, no es una conquista, es una inspiración. Y vivir inspirados es una de las cosas más lindas que puede tener uno en la vida. Y qué lindo que el Coro Nacional de Niños haya venido hoy día, porque desde pequeños son inspirados. Déjense, chiquitos, llevar por la música de Dios toda la vida, inclusive, en las circunstancias más terribles de las que ocurren hoy y ocurrirán en el futuro, porque Dios está con nosotros.

Hacer la voluntad, entonces, dicha por Pedro, no es que le haga merecedor de ser el Papa, sino que hace que Jesús recoja ese elemento esencial para que alguien así sea el que dirija la Iglesia. Por eso, en el cónclave no nos hemos demorado mucho porque sabíamos que había ahí uno que

era un santito de gran calidad humana, que había vivido con nosotros en Chiclayo y, rápidamente, inspiró ... ¡a la segunda votación ya estaba cerca! Y, finalmente, a la tercera, fue la vencida. ¿Por qué? Porque no votamos por nuestros intereses o porque nos gusta, sino porque somos inspirados por el Señor. Un cónclave es una votación en el Espíritu, es una experiencia espiritual. Y la idea es que toda nuestra vida aprenda a ser una experiencia espiritual en donde, cuando decidimos algo, hacemos lo que es adecuado y justo según Dios.

Por eso, ser bombero es una experiencia espiritual porque es una federación de hermanos que se unen para hacer el bien y con esa posibilidad de que un peligro pueda acabar con sus vidas. Y ustedes son los que han quedado, quizás habiendo pasado por muchas ocasiones difíciles, sintiéndose sin aire y sin fuerzas, de tantos otros hermanos que se han ido, y venimos también a rezar por ellos. Es un día muy lindo para reconocer qué cosa es creer en el “Hijo de Dios viviente”, reconociendo a Jesús como personas concretas que seguimos su ese camino.

Pedro, al final, lo siguió. A pesar de que un momento le dijo a Jesús: “No, no te puede pasar eso”, al final, murió mártir. Y, cuando muere y lo matan, dijo: “No merezco morir como mi Señor, Crucifíquenme al revés”.

Hermanos y hermanas, estamos en un momento muy difícil de la humanidad. Al final de la misa, leeremos un pequeño párrafo de la última encíclica del Papa para irnos preparando a su venida. Y en ese párrafo nos indicará que todos tenemos la tarea de construir la paz en este momento en el mundo y, probablemente, vamos a pasar por dificultades muy grandes, pero no podemos, la Iglesia no puede permitir que vayamos hacia la destrucción del mundo.

Hay quienes están planeando que la mejor manera del futuro es destruir lo que tenemos ahora y construir algo sobre la base de las millonadas que tienen acumuladas para vivir muellemente, sin nosotros, no con nosotros. Y Dios es el Emanuel, “Dios con nosotros”, no sin nosotros.

Por eso, hoy día, vamos a dar gracias a los grupos que han venido. Y vamos a pedirles que esa labor que están haciendo sea siempre gratuita, como Dios nos ama, gratuita y generosamente. Y vamos a rezar también por nuestros hermanos bomberos que nos dejaron, pero también nos dejaron un gran legado: el legado de la esperanza de que la humanidad, solamente cuando ama, es verdadera humanidad, no cuando desprecia ni maltrata.

Antes de la bendición final:

Lectura de encíclica *Magnifica Humanitas*

172. La raíz de estos problemas es una mentalidad tecnocrática y posthumanista, que tiende a considerar a la persona como un objeto manipulable o un recurso para optimizar, eliminando todo lo que pone límites a la maximización del beneficio: lo que importa es la eficiencia, no el respeto a la libertad y a la dignidad humana. Algunas corrientes posthumanistas llegan incluso a plantear la existencia de seres humanos “de segunda clase”, al servicio de los intereses de élites que se perciben a sí mismas como superiores: una perspectiva inquietante, más grave aún si se combina con instrumentos tecnológicos que amplían de forma exponencial el poder de control y de selección. También ciertas lógicas de endeudamiento estructural, que mantienen a pueblos enteros en condiciones de dependencia, revelan la misma mentalidad que acepta, bajo nuevas formas, relaciones de subordinación cercanas a la esclavitud.

212. En este punto, sin embargo, se insinúa una tentación sutil: pensar que los problemas son demasiado grandes y nosotros demasiado pequeños, y que, por tanto, nuestras decisiones no cambian nada. Es una forma elegante de rendirse, a menudo disfrazada de realismo. Claro, no todos tienen el mismo poder de influir sobre la realidad: hay quienes gobiernan, quienes deciden inversiones, quienes dirigen instituciones, quienes investigan, quienes educan, quienes informan, quienes producen; y hay quienes parecen tener sólo su propia vida cotidiana. Sin embargo, nadie está exento de responsabilidad. Cada uno dispone de un ámbito propio de acción, y ahí —no en otro lugar— está llamado a elegir si alimenta la lógica de la fuerza —aunque sea sólo con indiferencia, cinismo, mentira y odio—; o si promueve la lógica de la paz —con verdad, sobriedad, cercanía y cuidado—.

213. (...) La civilización del amor no nace de un gesto único y espectacular, sino de una suma de fidelidades pequeñas y tenaces, que hacen frente a la deshumanización. Por eso vale la pena detenerse y considerar algunos aspectos de cómo, cada uno en su ámbito, podemos colaborar en su construcción.